

Prestigio internacional: Reflexiones sobre el papel de España en el mundo

NUÑO AGUIRRE DE CÁRCER*

Esta mañana se me planteó la idea de si, ante el gravísimo incidente de la misma banda de siempre de ayer tarde, convenía aplazar esta conferencia o mantenerla. En conversación con don Julián Marías, que tan sabiamente dirige estos cursos, éste me dijo que hay que mantener la normalidad, que no tendrán que ser ellos quienes dicten la agenda de nuestro quehacer diario, y ésta es la razón por la cual he aceptado plenamente su criterio y he venido a hablarles a ustedes, cuya presencia agradezco doblemente. Naturalmente, no alargaré demasiado la conferencia para que quienes lo deseen puedan unirse a la manifestación que tendrá lugar en el centro de Madrid, no lejos de aquí. Y precisamente el tema que he buscado, que se ha llamado un poco pomposamente “Prestigio Internacional”, yo diría “Reflexiones sobre el papel de España en el mundo”, creo que sí conviene tenerlo presente, sí conviene oírlo, porque es este buen estado de España el que más irrita a estas bandas; si estuviésemos en otra situación, deletérea o deteriorada, quizá sería de otro modo, pero el hecho de que España esté de pie y cuente en el mundo es algo que les irrita profundamente, que les causa aun más deseos de ver lo que puedan destruir. Pero no lo conseguirán.

Al examinar el papel de un país en el escenario mundial, encontramos unos factores constantes y unas condiciones variables; unos factores constantes que históricamente se han ido reproduciendo a lo largo del tiempo y unas condiciones internacionales que naturalmente ya no están en nuestra mano, son

* Embajador de España

circunstancias del escenario internacional de cada época histórica. Entre los factores constantes, tenemos por ejemplo la situación geográfica, ésta no la podemos cambiar desde que España es España, y en cambio entre las variables tenemos una situación económica, tenemos las circunstancias de los vecinos de nuestro entorno —que naturalmente también podrán influir en nuestra situación, es una cuestión de balanza, de equilibrio—, hay también prioridades que la opinión pública del país señala y exige como metas, o pone como objetivos a alcanzar. Y qué duda cabe que la situación del país en el campo internacional se ve afectada positiva o negativamente según sea el prestigio que haya conseguido lograr. El prestigio no se consigue en poco tiempo, para que se consolide hacen falta diez, quince, veinte años —y hablo ahora en la Cámara de Comercio e Industria, de modo que esto es un tema que aquí se conoce más— con una mejora constante de las condiciones del país y teniendo siempre buen cuidado, pues lo que se ha conseguido en quince, veinte o treinta años puede perderse en cinco o diez.

La situación geográfica de España no la vamos a exponer, puesto que es evidente: entre dos continentes, Europa y África; entre dos mares, el Atlántico y el Mediterráneo, en el sentido más amplio de la palabra Mediterráneo, es decir, ya no sólo la costa occidental y las playas, sino el Mediterráneo como espacio estratégico que abarca desde Las Canarias hasta el fondo del Próximo Oriente, incluso hasta el Golfo. Es también un lugar de encuentro de culturas y civilizaciones a lo largo de la historia, de una dialéctica norte-sur, de una dialéctica en tiempos entre la cristiandad y el islam turco, pero también es un lugar de encuentros, de simbiosis, de influencias respectivas que producen un efecto muy positivo. No es casual que los lugares donde el Islam ha producido sus metas más altas en el terreno artístico, son aquellas zonas donde se ha podido mezclar con una cultura preexistente —pongo el caso de España por un lado, pongo el caso de la India y el actual Pakistán por otro—; sólo con el paso del tiempo hemos podido estudiar a fondo esta interacción, hemos podido valorarla en todo lo que tiene de interesante. Estos días precisamente, la inauguración de la exposición “El legado islami” en Córdoba trae de nuevo a nuestro recuerdo y a nuestra presencia este efecto interactivo y positivo de nuestras culturas.

Pero nunca hay que exagerar. Yo he viajado mucho por el mundo y he estado en muchos países árabes e islámicos, y también puedo decirles que en algunos de ellos la exacerbación nacionalista es extrema. Hace unos treinta y pico de años, di una conferencia en la Universidad Islamia en el noroeste de Pakistán, ya en la frontera con Afganistán, y en el momento de las preguntas y respuestas surgió el estudiante de turno que me preguntó: “¿Cuándo nos van ustedes a devolver Córdoba?”. Esta pregunta, que parecía un exabrupto o una broma, porque los demás chicos se rieron, me lleva sin embargo a una conclusión en la que he pensado muchas veces. La de que el avance en las comunicaciones, la fluidez, la rapidez, la comunicación instantánea, el conocimiento al minuto de la noticia sobre un acontecimiento en el mundo, no tienen que confundirse con lo que llama Mac Luhan la “aldea global”. Porque en una aldea global, además de estar enterados los habitantes todos al mismo tiempo, también todos tendrán poco más o menos las mismas reacciones, valorarán de la misma manera los acontecimientos que han llegado a conocer. Pero aquí no, aquí se produce la paradoja de que si el conocimiento del hecho en sí —el bombardeo de Bagdad, el bombardeo de Kósovo— llega a unos y a otros al mismo tiempo, sin embargo las lecciones que sacan de ello, las consecuencias que se derivan para la población —ignara en tantos casos— son muy diferentes. Cuando ocurre la guerra en Irak, el pueblo irakí estaría harto del dictador, pero reacciona de una manera nacionalista y se dice: “Si hay una gran guerra por culpa de esta situación en Kuwait, los que van a perder más son los occidentales, los burgueses de Bruselas, es su medio de vida; nosotros tenemos la leche de camella, tenemos nuestros dátiles, tenemos nuestra ‘galabía’, y con un buen clima que tenemos, nos contentamos”. Y es que viven en 1400, viven en la era de la Hégira y lo mezclan todo, sus consecuencias, sus reflexiones —la élite naturalmente está muy formada

intelectualmente, me refiero al público en general—, y por eso hablan de las cruzadas como de algo que ocurrió hará un par de décadas, no más allá, o hablan de Saladino —de Salah-el-Din— como podemos hablar nosotros de DeGaulle o del Mariscal Foch. Hay esa disfunción entre la instantaneidad del conocimiento y la idoneidad del paralelismo de las reacciones, de las consecuencias, de las reflexiones que hace la población en su conjunto.

Junto a la situación geográfica tenemos lógicamente un acervo histórico que cada vez hemos de conocer mejor, del que nos hemos de gloriarnos en la medida en que esos aspectos positivos existan, como también conocer aquellas otras sombras que todos los países han tenido. Y aquí querría hacer un pequeño inciso. Cuando hablamos de la Leyenda Negra, ésta existió porque España era grande, si no lo hubiera sido no se hubieran ocupado de nosotros; no hay una Leyenda Negra de Italia, o de Grecia. Igual que dentro de unos años se verá cómo los ataques que ha habido contra Estados Unidos, unos más merecidos y otros menos, se deben precisamente a su potencia, a su papel hegemónico actual en la historia de nuestro planeta.

Si hablamos de las políticas que decidimos a través de la existencia de esas constantes geográficas, hablaremos de una política mediterránea como algo lógico, son nuestros vecinos. Pero no sólo de ahora, lo han sido durante los almogávares —e otro día se hacía mención a ellos en el discurso del Papa en Atenas—, toda la política de la Corona de Aragón; y también en tiempos recientes, el encuentro del rey Alfonso XIII y Eduardo VII en Cartagena para solucionar los problemas del statu quo en el Mediterráneo occidental, o la conferencia de Algeciras sobre Marruecos, se hacen también en territorio español y mediterráneo. El acervo histórico que arranca en el Descubrimiento obligará naturalmente a tener una política de amistad y de conocimiento mutuo con el mundo iberoamericano. Para los países árabes hablamos del Mediterráneo, y para Europa, lógicamente de la contigüidad territorial que tenemos con el continente europeo.

Hace falta también que estas políticas tengan continuidad, continuidad que a veces depende del consenso interior. La continuidad de la política exterior británica es tradicional, es una constante. Es una constante de defensa de los intereses nacionales, para los cuales no les importa, llegado el caso, ser dificultosos o abusivos en una situación o en otra, pero la línea general será la que ellos querrán seguir.

He hablado del consenso interior. Efectivamente, ese consenso —que se puede formar a través de los partidos políticos, del parlamento, de la opinión pública, de los medios de comunicación— es muy importante antes de la definición de las grandes líneas de la política exterior; porque si llevamos los temas exteriores a la palestra, a la discusión pública de manera continua, o a la discusión aun más fuerte entre partidos, qué duda cabe que en la otra parte el adversario, o el enemigo según el caso, se aprovechará de esta fisura. Por lo tanto, una vez acordada una línea política fundamental, conviene que no sea ese el terreno en que los partidos políticos busquen la manera de luchar agónicamente. Además del control lógico por las comisiones del Parlamento de las líneas de la política exterior, hay que pedir también una coordinación entre los departamentos ministeriales, porque hoy día todo se une, Hacienda, el presupuesto, la emigración, el trabajo, etc. Por tanto, de nuevo allí también tiene que hacerse una coordinación, un entendimiento para que se hable con una sola voz en el exterior. Y no me quedo sólo en el nivel de los funcionarios o los políticos, en un mundo en que la economía —globalizada o no— tiene una primacía, los empresarios también tienen que estar atentos en nuestras explicaciones o nuestras teorías de política exterior para que las comprendan y eventualmente las sigan. Pondré un ejemplo: en los Estados Unidos —país en el que he vivido mucho y que conozco bastante—, cuando en un momento

dado, en una nueva administración después de la elección presidencial, se decide coger un rumbo, pongamos por caso, en la política a seguir con los países que ellos llaman “latinoamericanos”, se reúnen doce personas en un piso en Manhattan durante dos o tres fines de semana seguidos, para discutir aquello y para tomar ideas. Pues extrañará que entre esos doce haya sólo un diplomático, sólo un miembro del Departamento de Estado —cuando aquí en cambio serían por lo menos la mitad o más—; otro será el representante del Pentágono, la fuerza militar; otro de la CIA, del servicio de inteligencia; pero luego entra la United Fruit, con su presencia en Centroamérica; viene la Panamerican, es decir, las grandes compañías de aviación... Tienen otra serie de factores que en su conjunto han de decidir la política exterior a seguir. Yo creo que eso tendríamos que hacerlo también nosotros, porque sería la manera de potenciar la política que se quiere seguir, puesto que la presencia empresarial, el apoyo y el conocimiento de los medios de comunicación, no vendrán sino a fortalecer el edificio de nuestra política, de nuestra actividad en el exterior.

Hemos dicho que tenemos que estudiar, además de estas variables y constantes, las características de la realidad internacional, saber dónde estamos, en qué mundo, en qué condiciones. Y esto me trae el recuerdo de un joven político —al que quiero y aprecio mucho— que, creyendo que me hacía un elogio, me decía: “Tu, Nuño, conoces muy bien la política internacional, lo que ocurre en el mundo, pero aquí lo que nos interesa es la política exterior de España”, y yo le decía: “Pero esa política no se puede hacer más que sabiendo lo que está pasando a nuestro alrededor; la política exterior no es sólo una cuestión voluntarista, no es sólo una cuestión unilateral, tenemos que saber si va a haber un frontón, una pared que nos va a devolver las pelotas que tiremos”. Por lo tanto, el conocimiento de la situación de la realidad internacional es totalmente indispensable antes de formular una política exterior estable.

Entre estas cualidades que buscamos en la realidad internacional, tenemos que hablar, de la realidad económica. Qué duda cabe que no es la misma política exterior la que podemos seguir en los momentos de dificultad, de autarquía práctica en nuestra economía, que la que nos podemos permitir en momentos como los actuales, una vez metidos en el seno de la Comunidad Europea como miembros a partes iguales con los demás. No hace falta que insista mucho en todos los cambios que hemos visto en esta realidad internacional; ya he mencionado la española —de la situación de autarquía de los años 40 y 50, a la situación de miembros plenos de la Comunidad Europea, hoy Unión Europea—, pero esos cambios los hemos vivido claramente y con un ritmo acelerado en nuestro entorno. El muro de Berlín lo hemos visto construir y lo hemos visto dismantelar. No puedo decir que hayamos visto el nacimiento del comunismo soviético, porque en el 17 me faltaban seis años para nacer, pero, en fin, nos ha cogido muy cerca. Yo recuerdo haber tenido una persona, la viuda de un pope, en casa cuidándonos de pequeños, que había asistido al asedio y a la revolución en Petrogrado, antes San Petersburgo, en 1917; es decir, nos contaba cosas que habían ocurrido diez años antes. Y luego hemos tenido, gracias a Dios, la posibilidad de vivir el derrumbamiento de esa especie de dominación comunista de todo el Este europeo. La doctrina de los derechos humanos —que podía ser siempre un tema de estudio, un tema teórico— de la filosofía del derecho en la política internacional, se ha convertido en algo vivo, en algo exigible, en algo que forma parte de documentos, de declaraciones, en Naciones Unidas o a nivel europeo, y que pone en movimiento acciones por parte de los Estados. Hemos visto también el final de ese orden bipolar entre Washington y Moscú, y la aparición de una serie de bloques regionales políticos o económicos; ya existía la Liga Árabe, la Organización de Estados Africanos, pero nada comparable a lo que es la Unión Europea, a lo que es el Mercosur en Hispanoamérica o a la ASEAN en el sureste asiático.

Nosotros tenemos, efectivamente, que amoldarnos a los tiempos tal como se van presentando; es decir,

que tampoco podemos exigir el desiderátum absoluto de lo que sería la mejor solución económica —o de otro tipo— para España, porque tenemos que pensar que existen los otros países, o que nuestra pertenencia a tal o cual grupo político o económico nos fuerza a determinadas decisiones, a determinados condicionamientos que pueden no gustarnos, pero, viceversa, quizá haya cosas que a ellos tampoco les gusten y que tengan que aceptar.

No hablemos ya de lo que supone la aparición de China como tercera potencia económica en el mundo, para bien, para apertura de mercados, para posibilidades de nuestras exportaciones, etc.; quizá para tener también una vigilancia debida, puesto que es un país inmenso, con una población gigantesca y con una capacidad nuclear, eso no hay que olvidarlo tampoco.

Surgen luego otras amenazas a las que no estábamos acostumbrados; sabíamos que existían, pero no al nivel actual. Hablo de la delincuencia internacional organizada, las mafias rusas famosas; hablo del narcotráfico —el Fondo Monetario Internacional nos dice que al año circulan 500.000 millones de dólares a través del circuito financiero con dinero procedente del narcotráfico—; del terrorismo transfronterizo, que cómo no vamos a conocerlo además de sufrirlo, y en esto sí que tenemos que exigir de todos nuestros socios —lo mismo en la Comunidad Europea que en la Comunidad Atlántica que en cualquier otra relación en que entremos— que la participación, la ayuda, la franqueza absoluta, la claridad total en el intercambio de información sean un elemento sine qua non de nuestra presencia en tales organismos. Pero no un día uno y a los cinco días otro, no es posible pensar que en una zona pequeña, como es el suroeste de Francia —que conocemos muchos, donde las casas tienen un nombre y los personajes y los individuos también—, ocurran las cosas que están ocurriendo tan a menudo. Tenemos el fenómeno de las migraciones internacionales, que han tomado un sesgo distinto al que conocíamos; conocíamos unas migraciones, por ejemplo, a América del Norte, principalmente de irlandeses; conocíamos las migraciones a Hispanoamérica de españoles o de italianos, que ya encontraban allí sus parientes, sus amigos, el idioma igual o parecido, y, por lo tanto, en territorios en gran parte casi despoblados podían asentarse sin mayor dificultad. Ahora las migraciones tienen otro giro, en España no se ha alcanzado el nivel que tienen en Francia, Alemania, Bélgica u otros países de nuestro entorno, pero el hecho de que sea nuevo para nosotros nos produce una cierta reacción.

No está de más estudiar por ejemplo el caso francés, primero porque lo tenemos cerca, segundo porque ellos se han visto obligados naturalmente a dar facilidades de este orden en las migraciones por sus posesiones en África del Norte, y también en Extremo Oriente. La enseñanza francesa la vemos sobre todo en Argel, la presencia de estas familias en el gran país —ya se las encuentra en todas partes— produce la segunda generación, unas personas que se han adaptado a las costumbres locales, que hablan el francés perfectamente; habrá alguna que otra vez la dificultad de si una niña va con un pañuelito al colegio o no, pero eso es una cosa menor al lado de lo que supone la presencia de estos antiguos magrebíes convertidos en ciudadanos franceses en la administración pública, en el ayuntamiento, en la asistencia social, en una serie de cosas en que realmente hay que decir que son casi perfectos. Lo digo por una experiencia que he tenido, triste pero bien cercana, en mi familia en París.

En el Mediterráneo, desgraciadamente, los esfuerzos que hemos hecho por buscar una política mediterránea, que empezaron por la Declaración de Barcelona, siguieron por una serie de reuniones bianuales —la próxima es en Alemania, la última fue en Marsella en noviembre pasado—, no han acabado de fructificar todo lo que hubiésemos querido. ¿Por qué?, porque, desgraciadamente, mientras siga vivo el conflicto israelí-palestino, los países árabes del norte de África, aunque estén alejados de ese

conflicto, no pueden olvidarlo, no pueden dejarlo de lado. Como ese conflicto no tiene vías de solución fáciles, y aquí quiero ser un poco pesimista, este ten con ten puede durar mucho tiempo. Y digo que soy pesimista por varias razones; una de ellas es que, aunque parezca mentira, en algunas situaciones hay regímenes que prefieren una situación de ni paz ni guerra, porque esa situación les permite recibir subsidios, recibir apoyos en armamentos de los países que les defienden y, al mismo tiempo, mantener rígidamente el orden interior, tener un poco guardada en un puño a la opinión pública interior. Es decir, todo el mundo quiere la paz, pero no es verdad que la quieran a cualquier precio, o no es verdad que quieran pagar un precio por conseguirla. La otra razón de mi pesimismo es doble. Por un lado, esos regímenes quieren a su vez tener un motivo de queja exterior para tener siempre un punto de fijación: como, desgraciadamente, por su situación económica o por una serie de circunstancias, no pueden digamos apacentar al rebaño, no pueden contar con todos, no pueden acudir a todas las demandas de la población, por lo menos hay siempre un rebato, un enemigo ad portas del que hay que defenderse y que los obliga a una vida interior difícil; esto se puede aplicar a Palestina, se puede aplicar también a Israel, se puede aplicar a Siria, etc. Y por otro lado, en el supuesto de que más adelante se llegue a una situación de statu quo pacífico, entonces juega el factor demográfico. En el Líbano, por ejemplo, al término del mandato francés, al final del 44 y de la segunda guerra, había lo que llamaban un pacto nacional en el que estaban los católicos, los maronitas, los sunitas y los chiítas. Los cuatro valían lo mismo, pero nunca se hacía un censo por miedo a que esas cuatro partes no fueran iguales; se consideraba que eran cuatro entidades que tenían el mismo poder, de modo que uno era el presidente del gobierno, el otro el presidente de la asamblea, el otro el del senado, etc. Pero si la situación interna no es fácil, y por lo tanto la gente piensa en emigrar, los primeros que emigran son aquellos que van a encontrar más facilidades en el lugar donde se van a asentar, y esos suelen ser los cristianos —sean católicos o sean maronitas o sean ortodoxos—; por otro lado, los musulmanes tienen más hijos, de modo que al cabo de quince años ya no queda nada de ese supuesto equilibrio que existió entonces y estalla una guerra civil. Una guerra civil que no tiene facilidad de arreglo, que hace que Siria pretenda arrogarse un derecho de protección sobre el Líbano y que lo usa a su manera. Pues bien, si esto —que lo pongo en el ejemplo del Líbano, como sitio concreto y pequeño— lo extendemos al conjunto del Próximo y Medio Oriente, podemos pensar que al cabo de treinta años de una situación de statu quo lleguemos a una situación parecida: habrá un Israel pequeño territorialmente, escaso como población y muy desarrollado científica e industrialmente en medio de un mar inmenso de 250 millones de árabes que, en un momento primero, estarán trabajando para Israel, serán los obreros de sus fábricas, pero también tendrán que ser los compradores de los productos de Israel, y entonces querrán reaccionar a esta situación de dominación económica, buscando las nuevas generaciones la manera de hacerse presentes. Esas son razones para un pesimismo que, desgraciadamente, no veo fácil de hacer desaparecer.

En la tecnología de la información —antes me he referido un poco a ello—, la velocidad de información, la información instantánea, es un gran adelanto, pero siempre se aprovechan más de él los países más avanzados y más industrializados, de modo que al final resulta que la distancia entre el norte y el sur es mayor. Pero además —como también he dicho antes—, esa presentación de los acontecimientos se hace siempre de una manera algo sesgada; es lógico que la CNN tenga presentes los intereses norteamericanos en la materia, y el que recibe la información es quien tiene dificultad para buscar un criterio honrado y equilibrado.

He puesto el ejemplo del Líbano, pero podía citar también el conflicto de Yugoslavia. Como quizá algunos sepan, yo estuve envuelto un poco en la primera Conferencia de la Comunidad Europea sobre Yugoslavia, la que presidió Lord Carrington —antiguo Secretario del Foreign Office y antiguo

Secretario General de la NATO—, quien me escogió como Vicepresidente y, desde septiembre del 91 hasta agosto del 92, trabajé con él en este asunto difícilísimo. Difícilísimo porque de nuevo cada una de las grandes potencias jugaba su juego, es decir, se decía que se quería la paz, pero no era exactamente lo que se buscaba; se buscaba, por parte de Alemania, volver a una hegemonía sobre el sureste de Europa; por parte de Estados Unidos, dejar que Europa probara sus recién creados organismos de formulación de una política exterior común, y sólo cuando esos fracasaban tenían que entrar, primero, los ingleses —que tampoco lo consiguieron— y, luego, los americanos —con los últimos acuerdos firmados—. Pero tampoco se empleaban en erradicar lo que hay en el fondo de esas oposiciones: hay unas emulaciones, hay unos celos, hay unos odios étnicos y hay unos odios religiosos. Por eso yo insisto en una idea —la quiero vender, pero hasta ahora no he encontrado muchos compradores— que es la siguiente: lo mismo que, al acabar la Segunda Guerra Mundial, Jean Monnet y Schuman se pusieron de acuerdo en que la guerra entre Francia y Alemania no podía repetirse y que, por lo tanto, había que poner en común su hierro y su acero primero, y luego todas las cuestiones económicas, como pasos para ir más adelante, aquí no se hace. Y aquí debería hacerse, aquí debería buscarse —aunque sea a medio o largo plazo, porque nada se consigue en dos años— un acercamiento de los espíritus, que existió hace un tiempo cuando luchaban ellos contra el Impero Austro-Húngaro, eslovenos, croatas, serbios tenían un enemigo común y eso lo sentían un poco como lazo de unión. Si no hay que buscar ahora un enemigo común, porque no sería ese el caso, sí pueden buscar un imán común, y ese imán común es Bruselas, es la Unión Europea. Todos ellos quieren ser miembros de la Unión Europea, todos ellos quieren recibir las facilidades que da la Unión Europea a sus países miembros, pero no quieren poner las condiciones elementales. Lo primero que pide la Unión Europea es que haya una libertad de circulación de personas, de bienes, de capitales, ¿cómo va a ser eso posible entre unas republiquetas que se odian, que han cortado el ferrocarril, que han cortado el oleoducto, el gasoducto, la autopista?, ¿cómo van a vender los eslovenos sus productos industriales que antes iban a parar a Serbia o a Montenegro?, ¿a quién se los van a vender?, ¿a sus amigos alemanes a quien les sobra todo aquello? Bueno, pues hay que volver a la idea que Jacques Delors quiso poner delante de ellos en el año 91: un espacio económico común para sus propios intereses y un decálogo de condiciones para la defensa de los derechos humanos y de los derechos de las minorías. Ese papel se preparó en noviembre del 91 y existe en forma de tratado, pero nunca se llegó a aprobar ni a poner en movimiento, porque una gran potencia europea, concretamente Alemania, no tenía especial interés en que se arreglaran las cosas así, sino en que saltara en pedazos la Yugoslavia que les mantuvo en jaque durante la Segunda Guerra Mundial a precio de muchísimas víctimas. Esto es una opinión personalísima, pero la digo y ahí la dejo para otros estudios. La prueba es que una vez que pareció que las repúblicas independientes se iban a entender, surgió el tema de Kósovo; después de Kósovo puede surgir el de Sandzak, que está a medio camino entre Serbia y Montenegro, y donde también hay musulmanes.

Pero después, ¿qué deducciones, qué consecuencias han sacado los albaneses? —por eso hablaba yo de la paradoja entre la instantaneidad de la comunicación y la falta de similitud en las consecuencias— No han llegado a la conclusión de que se están protegiendo los derechos humanos, sino de que los serbios han perdido y, por lo tanto, ellos pueden entrar primero en Kósovo, ahora en Macedonia, mañana —quién sabe— en la costa dalmata. Es decir, cuando se quieren arreglar con paños calientes los asuntos, naturalmente las brasas están ahí debajo y después de ni siquiera una generación, sino media generación, salen a la superficie.

Pongo el caso de los albaneses porque es un pueblo que tiene muchas dificultades, muchas divisiones internas: hay católicos en el norte —el famoso Jorge Castriota, Iskanderbeg, el “Atleta de Cristo”, era

católico del norte—, musulmanes en el centro y ortodoxos en la zona del Epiro cercana a Grecia. También por el efecto demográfico del que estaba yo hablando: esas poblaciones musulmanas se fueron multiplicando y, poco a poco, fueron entrando en Kósovo que era serbio y ortodoxo —la prueba es que los grandes monasterios ortodoxos serbios están en Kósovo, y hasta ahora se han salvado milagrosamente—, pero la zona era dura, había que trabajar en las minas, entraba una población de aluvión dispuesta a hacer esos menesteres y allí se quedaba —algo parecido a lo del oeste de Macedonia, donde hay las dificultades actuales—. Cuando hubiese sido muy fácil y muy barato relativamente que, a la caída del dictador comunista en Albania, Europa occidental y Estados Unidos hubiesen tomado ese país bajo su protección y hubieran montado allí un Plan Marshall pequeño, porque el mar que baña Albania es el Adriático y es el mismo mar que en Dalmacia produce unas playas y unas vistas y un turismo floreciente, enorme; ese dinero, esa ayuda, esos créditos, esos asesores hubieran tratado de asentar la población, no dejarla en el caos que tuvieron a la salida de los comunistas, con esas corrupciones financieras de las que habrán oído hablar ustedes. Y ahora, ¿qué se puede hacer?, ¿reprimir a las guerrillas que entran por aquí y por allá? Pero si a esas guerrillas se las ha armado, a esas guerrillas se les ha dado todas las facilidades, cuando la guerra de Kósovo, han estado recibiendo dinero de Estados Unidos, de Alemania, de Suiza; los emigrantes albaneses en el extranjero mandaban ese dinero a sus familias y con ese dinero compraban sus armas; el contrabando de armas que ha habido a través del Adriático no viene en la prensa española porque no hay sitio para hablar de tantas cosas, pero ha sido una cosa tremenda. Y ahí los tenemos, ¿y qué hacemos?, ¿estar mandando guardias civiles, que también los necesitamos en España, para poner orden en esa situación caótica? No. Hay que ir a ponerles firmes y hacerles entender que es en el interés de ellos mismos, de la cooperación entre ellos, y que si quieren una ayuda de los organismos internacionales tendrán que sujetarse a unos modos de trabajar, a unos modos de entenderse con sus vecinos, como hacen los países occidentales.

Hemos considerado el escenario internacional, veamos ahora cuál ha sido la posición comparada de España en estos veinticinco años, al principio y al final. En el 75 salíamos de una situación difícil; si no un país distinto, éramos un país aparte, era muy difícil conseguir por nuestros propios esfuerzos el restablecimiento de las relaciones normales, como hubiesen podido ser las del período entre las dos guerras. También había dentro de España personas que no se daban cuenta de que la relación entre la política interior y la política exterior es enorme, que por lo tanto había unos condicionamientos en la política interior indispensables para conseguir una política exterior que, por otro lado, nos era necesaria desde el punto de vista económico, financiero, cultural, tecnológico... Hemos vivido esos años en que el abastecimiento de una provincia como Alicante dependía de la llegada exacta ese día de un barco cargado de trigo que viniese de Filadelfia, y si no llegaba, pues ya sabíamos que no había pan por siete días y la situación era tremenda. Por lo tanto, quieras que no, teníamos que irnos adaptando. Tengo que decir que no toda la culpa era nuestra, especialmente el socialismo francés y el inglés —sobre todo el francés— fueron los que impidieron que el Plan Marshall pudiera también llegar a España, aunque los americanos estaban dispuestos a hacerlo. Estaban incluso dispuestos a llegar a Rusia, pero Rusia impidió que ella y los suyos, los países del Este, los recibieran. ¿Y por qué no lo quería Rusia, y por que no lo querían los países de su zona?, porque sabían que en la medida que se mejorara el estado de bienestar de estas poblaciones, tomarían consciencia de su dignidad y empezarán a pensar de acuerdo con unos criterios más cercanos a los occidentales que a los orientales. Pero España podía perfectamente haber recibido esa ayuda, y lo único que se hizo, hasta que conseguimos los acuerdos americanos en el 53, fue retrasar seis, siete, ocho años esa posible reconstrucción de España.

El momento del giro copernicano en nuestra política económica vino en los sesenta con el Plan de

Estabilización y todas las medidas económicas, financieras y sociales, a veces duras pero eficaces, que lo acompañaron. El premio fue la aparición de una clase media, y es sobre esa masa media española con la que se ha podido construir más adelante la transición y el paso a un régimen como el que tenemos en este momento, homologable con los países democráticos de Occidente.

En las relaciones internacionales de entonces, con Europa Oriental no teníamos nada espacial; en el 73 reconocimos a Alemania democrática, Alemania Oriental, aprovechando la Conferencia de Helsinki —la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa en la que tuve el honor de presidir la delegación española—, y si la Alemania y el Berlín-Este aceptaron que les reconociéramos fue porque los del Occidente no les querían reconocer, y al haber alguien que estaba dispuesto a hacerlo se metieron en esa fisura. Esto no le gustó a la URSS, a pesar de que podía ser lógico que sí le gustara por tratarse de uno de los hermanos pequeños, pero no le gustó porque entonces el representante de la Unión Soviética en España tenía sólo carácter consular o comercial, mientras que el otro era un embajador y se las daba un poco de hermano mayor de todos ellos.

En Iberoamérica, ya conocen ustedes lo que supone en el terreno económico la presencia española —la segunda después de Estados Unidos—, hay unas inversiones importantísimas en esos países, pero es la estabilidad de tales países la que mostrará la bondad de esa fórmula. También en el terreno político se han encontrado fórmulas nuevas, y es curioso que esas fórmulas, a través de las Conferencias Iberoamericanas, de las Cumbres de Jefes de Estado y de Gobierno de los países de habla española y portuguesa, empezaron en México entre el Rey de España y el Presidente mexicano. O sea que México y España, que habían tenido aquellas dificultades políticas en otro tiempo pero que no las tenían ni culturales ni sociales ni familiares, son los mismos que lanzaron la idea de las cumbres anuales en que se vieran los temas de común interés. Y hasta ahora han ido celebrándose todas ellas, incluso con la pequeña dificultad que supone el tener al presidente Castro metido dentro de esta familia; yo creo realmente que conviene mantenerlo, pues siempre es peor tener a la gente fuera que dentro, pero al mismo tiempo hay que dar a entender al resto del mundo que los que pertenecemos a una misma cultura, a una misma fe —aunque ya no está de moda hablar de la fe, yo sí lo digo—, a una misma lengua, somos un bloque, somos una Comunidad Ibérica de naciones que tiene un peso en las decisiones del mundo. Las cumbres iberoamericanas han ido celebrándose en cada una de las capitales por rotación, de tal manera que ninguna se considerara o preterida o dejada de lado, ni siquiera fue España la primera sino la segunda después de México. Ahora ya se han concretado en un esquema burocrático mínimo —como tienen que ser estas cosas— y el Secretario General de la organización es también un mexicano.

Con Estados Unidos es bien conocida la bondad de nuestras relaciones a lo largo ya de casi cincuenta años, y siempre bajo el principio de la soberanía española en las bases, de la aceptación previa por el gobierno español de cualquier cambio importante en el material a utilizar o en la forma de utilizar las instalaciones. Qué duda cabe que eso, ya desde la época anterior, era un dato positivo para España frente al Mercado Común, porque sabían que éramos amigos de los americanos y por lo tanto no era cuestión de dejarnos en una espera interminable.

Esta misma amistad es la que a mi juicio se desbordó, más allá de los Estados Unidos propiamente dichos, en la Comunidad Atlántica con la entrada de España en la NATO. En su momento, por lo que fuera, los políticos socialistas habían pensado que no era lo mismo la NATO que el Mercado Común; claro que no son lo mismo, pero son dos cosas que van en paralelo. Los alemanes, que eran los que iban a pagar lo que costaba la entrada de España en la Comunidad Económica, nos dijeron que no seríamos

miembros plenos como no aportáramos nuestro esfuerzo, no aportáramos nuestra contribución específica a la defensa europea. Esto mismo nos lo dijeron los ingleses laboristas; Jenkins, Presidente de la Comisión de la CE que era ex-ministro laborista, estuvo en España, y en una visita al Congreso de Diputados, estando como presidente Fernando Álvarez de Miranda, al plantearle la cuestión de si él pensaba que había algún vínculo entre la NATO y el Mercado Común, Jenkins contestó —y lo repite en su Diario de Bruselas, un tomo de memorias— que aunque él no podía hablar en nombre de la Comisión, sí podía decir, como ministro inglés y laborista, que España no sería miembro pleno de la Comunidad Europea como no participase plenamente en la defensa de Europa. Y efectivamente, eso ha ocurrido así. Cuando entramos en la OTAN, ya en el 82, las cosas del Mercado Común se fueron arreglando; aún duraron un poco las dificultades, los franceses son muy difíciles, son muy duros, y siempre se mezclaba el asunto con su política interior, con sus elecciones, pero esa puerta se había abierto. Quedó la idea de hacer un referéndum sobre la OTAN, y el propio Felipe González dijo que había sido un error mantenerlo, porque lo que pasó es que él mismo se dio cuenta de que había que cambiar de política y se volcó verdaderamente para conseguir el sí en el referéndum. Paradójicamente, algunos que hubiesen estado en favor de la NATO, para estropearle el papel a Felipe, quisieron hablar de abstención. El papel que hizo entonces Felipe González y el resultado positivo es precisamente lo que le abrió la puerta al nivel de hombre de estado europeo que le han concedido los otros políticos europeos. Algunos, por haber sostenido estas teorías, tuvimos que pagar un precio duro, pero la felicidad interior por haber sido lúcidos antes de tiempo lo compensa.

Naturalmente, esta mejoría de nuestras relaciones hace que también el despliegue diplomático español vaya ampliándose, y en zonas donde no teníamos embajadas se van a ir abriendo o multiplicando. Tenemos en Ucrania; en Praga y en Bratislava, cuando se dividió Checoslovaquia. Tenemos tres en la antigua Yugoslavia —quizá son demasiadas—, en Zagreb, en Sarajevo y en Liubliana. En China también, un Consulado General en Shanghai. Estamos en Angola y Mozambique, antiguas zonas de influencia y habla portuguesa; estamos en Zimbabwe; y en Namibia, donde estamos especialmente por la pesca, aunque puede parecer algo un poco extravagante, la antigua África sur occidental alemana, pero hay allí una pesca muy importante donde España está pudiendo hacer lo que en otra zona de África le están poniendo dificultades.

En lo multilateral, estamos en Naciones Unidas, aunque quizá yo diría que no lo estamos con el peso que debiéramos, porque somos el octavo país en el pago del presupuesto y, sin embargo, así como tenemos una serie de prominentes españoles en puestos importantes en Europa o incluso en la Comunidad Atlántica, no los tenemos en las Naciones Unidas. Pensemos el papel que jugó en la Sociedad de Naciones un Salvador de Madariaga, pues no lo tenemos en las Naciones Unidas. Estamos en el Consejo de Europa; la entrada en las Comunidades Europeas, como ya dije antes, se abrió después del tema de la NATO; ya estamos dentro de la Unión Europea buscando zonas de nuestro muy especial interés, como la de un espacio común único de justicia interior, aún hay algunas reticencias, pero habrá que ir empujando esas puertas. En cuanto a la NATO, resulta que la nueva NATO se hizo en Madrid. En julio del 97 se decidió la expansión hacia los países de Europa oriental empezando por tres de ellos; se buscó la relación específica de la NATO con Rusia y con Ucrania; la renovación interna de la Alianza, con la participación española en la cadena de mandos militares; la Identidad Europea en Seguridad y Defensa, quedó ahí marcada —no está aún del todo desarrollada— y tuvimos la posibilidad de crear un Mando subregional conjunto que está en Retamares, en las afueras de Madrid.

He dicho antes que, si no tenemos los españoles puestos importantes en Naciones Unidas, sí los tenemos

en cambio en otras organizaciones europeas. Efectivamente —y no me voy a mencionar, habiendo hablado ya de mis tiempos con Carrington sobre Yugoslavia—, tenemos a Samaranch en el Comité Olímpico Internacional; a Solana como Secretario General de la OTAN, luego Alto Representante para la política exterior y de seguridad común y Secretario General del Consejo de Ministros; a Mayor Zaragoza en la UNESCO; y también presidentes, alternativamente, en el Parlamento europeo, la Asamblea de la OSCE, de la UEO, de la Unión Interparlamentaria, del Atlántico Norte, del Tribunal Europeo de Justicia; un enviado especial de la UE para Oriente Medio, Moratinos; un Alto Representante en Bosnia-Herzegovina, el ex-ministro Westendorf, etc. Es decir, se vio en seguida que los españoles eran unas personas preparadas, y tenían además un dato extra, que es que su país era neutral, era imparcial, no habíamos participado en ninguna de las dos guerras mundiales, de modo que no teníamos, por ejemplo, respecto a Yugoslavia la postura que podía tener una Alemania contraria a Serbia, o una Francia o una Inglaterra que la defendían. Nosotros podíamos ver los asuntos en sus verdaderos límites, en sus verdaderas condiciones y si, además, los profesionales —quizá, como diplomático, me está mal el decirlo— daban la nota, pues les aceptaban en esos niveles.

Hay unos retos comunes para todos los países en el siglo que empieza, y eso es algo que tenemos que poner entre los objetivos de política exterior que tenemos a mano. Tenemos la ampliación de la Alianza Atlántica, está ya decidida la entrada de estos tres primeros países que pudieron haber sido cuatro, pues Eslovenia era el vínculo entre Italia y Hungría, el nexos que faltaba entre esos dos países, pero parece que no se aceptó en ese momento porque tenían miedo de que entonces Rumanía —en la que Francia había insistido mucho— quedara alejada, pero eso se tendrá en cuenta. Habrá que ir a la búsqueda de un verdadero pacto de estabilidad para los Balcanes, y ahí sí que hay que buscar un acercamiento entre los espíritus y entre los líderes religiosos, eso es importantísimo. Hemos oído lo que ha dicho el Papa en Atenas, pero ha costado mucho conseguir que fuera y hablara. Todo esto se debe en cierto modo a que, en los Balcanes, en la época otomana, estaba todo cubierto por un “manto verde”: el manto musulmán dirigido desde Estambul; pero no entraba éste en las etnias, no entraba en los temas religiosos, en la situación del estatuto personal en esas comunidades, y entonces las comunidades se fueron estrechando en torno a su arzobispo, en torno al pope, en torno a la cabeza autocéfala de la ortodoxia en cada una de las zonas. Cuando, después de la primera guerra, el Imperio turco se retira a Anatolia —salvo el trozo pequeño de Estambul— surge con las independencias el poder de las congregaciones religiosas, católicas en Croacia, ortodoxas en Serbia. Y allí, tengo que decir que los católicos tampoco eran suaves, en especial algunos franciscanos. Pero el nacionalismo llega hasta esos extremos.

Hay unas palabras que quería decir en cuanto al terreno cultural que están un poco relacionadas con la situación interna española, y quizá no debería hacerlo puesto que hay otras personas muy preparadas para ello, pero yo he sido profesor en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas en el año 47, recién fundada, en la Escuela Diplomática y en la Escuela de Funcionarios Internacionales en 1961-62, y tengo seis hijos que son universitarios, de modo que algo me suena de todo ello. El proceso de formación de opinión sobre calidad específica de las universidades tarda años en hacerse y, por lo tanto, tenemos que cuidarlas, tenemos que mimarlas, no tenemos que ser facilitones porque entonces esa idea corre como la pólvora y se sabe dónde no se valoran, o dónde dan los títulos sin exigirlos, etc. Esto quizá se deba a una situación un poco populista en el peor sentido de la palabra, es decir, que entre los alumnos y los padres deciden lo que tienen que hacer, si examinarse o no examinarse, si pasar de curso o no, y hay en ese sentido una presión muy fuerte sobre el profesorado. A mi juicio, no se trata de buscar el elitismo, sino de buscar la calidad, y esa calidad es la que luego hace que el español profesional esté hoy día en la Max-Planck de Stuttgart, o en el Mount Sinai de Nueva York, o en otros sitios. No se pude conseguir más que

con esfuerzo y con rigor, pues nada se regala. Recuérdese que el prestigio conseguido en diez o quince años puede perderse en tres.

No es necesario recalcar el valor de nuestra lengua y la labor del Instituto Cervantes. Naturalmente, no todos los extranjeros que aprenden nuestro idioma lo hacen por la belleza del mismo, sino también porque les va a ser útil, bien para vivir en España, bien para vivir en Hispanoamérica, bien para sus negocios con esos países; pero el motivo es igual, porque a través de la enseñanza del idioma se aprende a apreciar la cultura y, por lo tanto, a valorar la idiosincrasia de un país.

Para terminar, se puede exigir también en general algún esfuerzo económico o en personal humano, pero a mí no me parece que sea el punto fundamental ; creo que a veces las personas no están bien utilizadas, que muchos prejubilados —porque también los hay— podrían ser perfectamente válidos en muchos caminos, es cuestión de ponerse a ello y no hace falta exagerar tanto el costo económico, aunque el país no pueda permitirse tampoco dispendios mayores.

Para terminar, espero hayan sacado algunas ideas claras: que tenemos un gran país, lo tenemos que mantener y que, si nos atacan, es precisamente porque lo tenemos.